



X Jornadas de Investigación del Departamento de Filosofía FaHCE-UNLP

X° Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía, FaHCE, UNLP.

19 al 21 de agosto de 2015

Mesa

Walter Benjamin: Crítica y crisis de la modernidad ¿Hacia una nueva Ilustración?

Título del trabajo: ¿Más allá del humanismo? Walter Benjamin y la cuestión de la animalidad.

Autora: Anabella Di Pego

Pertenencia institucional: Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales – UNLP – CONICET

Presentación

Uno de los tópicos fundamentales del humanismo consiste en situar al “hombre” como eje vertebrador de las relaciones con el mundo y, en consecuencia, como “amo y señor” de la naturaleza. En su ensayo *El narrador*, Walter Benjamin bosqueja otra forma de concebir a la naturaleza y a los animales. Por eso, el narrador encarna la figura del justo entendido como “el abogado de la criatura”. En los relatos del narrador se deja oír “la voz de la naturaleza” y se manifiesta “el mundo de las criaturas”. En la tarea del narrador se lleva a cabo así un descentramiento del hombre que permite hacer aflorar el “reino de las criaturas” en su profundidad mística. Este tratamiento de Benjamin de la criatura, lo coloca, por así decirlo, en el umbral de un “post-humanismo”, que pone de manifiesto la potencialidad política del narrador.

La justicia de la narración y el mundo de las criaturas

En los últimos tres párrafos de *El narrador*, Benjamin plantea el íntimo vínculo existente entre justicia y narración. A partir de la introducción de la distinción entre cuento y mito, Benjamin sostiene: “«Como salidos de un cuento» son los seres que conducen el cortejo de las criaturas de Leskov: los justos” (2008, XVII: 88). Procuramos indagar en qué sentido puede entenderse que el narrador sea la figura del justo postulando que es en relación con las criaturas que se puede manifestar la justicia.

Las criaturas son para Benjamin todos los seres vivos –incluidos los seres humanos– pero también lo inanimado. Benjamin rompe así con la escisión que la filosofía introdujo desde sus orígenes entre lo humano, lo animal y lo inanimado. Al inscribir a los seres humanos en el seno del mundo de las criaturas, Benjamin recupera lo que en virtud de su carácter “animal” había sido separado de la existencia humana. De este modo, desarma el mecanismo tradicional que define lo humano en oposición a lo animal, buscando una “diferencia específica” que lo distingue del género inferior inmediato. En Benjamin, lo humano se presenta inmerso en el mundo de las criaturas y éstas se encuentran íntimamente conectadas “por múltiples gradaciones” llegando incluso “hasta el abismo de lo inanimado” (2008, XVII: 90). No hay cortes ni cesuras en el reino de las criaturas, por eso, el narrador puede adentrarse en él, encontrando valor hasta en lo que en apariencia es lo más insignificante.

El narrador, sostiene Benjamin, “tiene acceso a la cámara más íntima del reino de las criaturas” (2008, XIX: 93-94). Se adentra así en la profundidad de ese reino y cuanto más desciende en su interior, “tanto más manifiestamente se acerca su modo de ver [las cosas] al de la mística” (Benjamin, 2008, XIX: 93). Respecto del vínculo del narrador con la mística, Benjamin trae a colación el cuento “La alejandrita” de Leskov. Este cuento trata de una piedra denominada el piropo, cuya naturaleza pétreo, pertenece al estrato más bajo de las criaturas, es decir, a lo inanimado. El narrador presta su voz a esas profundidades insondables, descifrando en la piedra el destino trágico del Zar Alejandro II. De este modo, la piedra “para el narrador está *inmediatamente* vinculada con el [estrato] superior” (Benjamin, 2008, XIX: 93. La cursiva me pertenece). La mirada mística del narrador, reside precisamente en aprehender las diversas escalas de las criaturas en su inmediatez, desmantelando así las cesuras de la tradición filosófica. Scholem caracteriza al místico como “aquel al que se ha concedido una expresión inmediata, y sentida como real, de la divinidad, de la realidad última, o bien aquel que cuando menos la busca conscientemente” (2008: 4). El narrador en su proximidad a la mística es capaz así de realizar una experiencia de lo inmediato, de lo informe, de lo indeterminado e inarticulado.

La relación del narrador con lo místico se puede esclarecer a través de los relatos de Kafka –quien, por cierto, también era un narrador desde la perspectiva de Benjamin (2014: 52). En su ensayo con ocasión del décimo aniversario de la muerte del escritor, Benjamin sostiene: “Si Kafka no rezaba –algo que nos sabemos–, sin embargo le era sumamente propio aquello que Malebranche llama «el rezo natural del alma»: la

atención [*die Aufmerksamkeit*]. Y en ella, como los santos en sus rezos, incluyó a toda criatura” (2014: 57). La palabra alemana *Aufmerksamkeit* significa prestar atención, escuchar atentamente algo, pero también ser amable o tratar con cuidado. Además encontramos en alemán la expresión *Aufmerksamkeit schenken*, en donde la atención aparece vinculada al verbo “regalar” que debería entenderse en el sentido del “don”, es decir, algo que se otorga desinteresadamente sin esperar nada a cambio. De este modo, el narrador se aproxima a la mística en tanto que se brinda a la criatura, le presta atención en este sentido amplio de escucharla atentamente y tratarla con cuidado¹.

La escucha contenida en la *Aufmerksamkeit* propia del narrador, es una escucha de una “voz” que no es humana y que no puede ser completamente articulada. Benjamin la denomina retomando el título de un cuento de Leskov: “La voz de la naturaleza”. El protagonista de este cuento Filipp Filippovitch es un funcionario que se esfuerza por recibir como huésped a un mariscal de campo que se encuentra de paso por su pueblo. Cuando el mariscal se encuentra con el funcionario, le parece reconocer a alguien que conoció pero no logra recordarlo. El anfitrión a su vez no quiere darse a conocer y ante la inquisición del mariscal, responde que “«la voz de la naturaleza» no dejará de hablarle audiblemente algún día” (Benjamin, 2008, XVIII: 90). Antes de proseguir su viaje, el mariscal le concede permiso al funcionario para “hacer resonar la «la voz de la naturaleza»” (Benjamin, 2008, XVIII: 90). Entonces su esposa le alcanza un gran cuerno de caza y cuando el funcionario resopla transfigurándose para hacerlo sonar, el mariscal exclama que había recordado que su anfitrión era el músico del regimiento de cazadores, al que por su honorabilidad, había encargado la vigilancia de un funcionario municipal sinvergüenza. Finalmente, el anfitrión responde: ““Así es, su señoría [...] No quería recordárselo yo mismo, sino dejar hablar a la voz de la naturaleza”” (Benjamin, 2008, XVIII: 91).

En contraposición al espíritu moderno que ve en la naturaleza un objeto-sujeto a la absoluta disposición del hombre para los fines que se propone, Benjamin encuentra un mundo insondable de criaturas que requiere ser escuchado. La escucha del narrador consiste precisamente en este “dejar hablar a la voz de la naturaleza”, una voz que históricamente ha sido doblegada, silenciada y olvidada. Aquí nuevamente nos remitiremos someramente a Kafka y más precisamente a los animales de sus historias. Los animales kafkianos son “receptáculo de todo lo olvidado” (Benjamin, 2009: 32), incluso del mundo de los ancestros, y desde allí emergen conformando ese “mundo

¹ “La justicia de la narración no es otra cosa que el cuidado de la criatura” (Oyarzún, 2008: 50).

intermedio” (Benjamin, 2009: 32) propio de sus relatos. Por eso, Benjamin advierte que “lo olvidado no es nunca puramente individual” (2014: 53) y sus historias, como los cuentos, recrean de manera profana el ímpetu salvífico del cronista². Pero el salvataje de lo olvidado trae consigo algo inquietante porque las cosas se encuentran desfiguradas. Odradek, nos dice Benjamin, “es la forma que las cosas adoptan en el olvido. A saber: están desfiguradas [*entstellt*]” (2009: 33; GS II/2: 431). La desfiguración o la deformidad [*Entstellung*]³ nos asalta en las historias de Kafka para exhibir lo que subyace invisibilizado a las figuras y formas de la vida cotidiana. De este modo, a través de la desfiguración de los animales kafkianos, lo olvidado emerge desde ese fondo recóndito no plenamente articulable y la voz silenciada de la naturaleza se hace escuchar en “la forma de un murmullo anónimo” (Cragolini, 2010: 119) a través de graznidos, chillidos, resuellos, entre otros.

El narrador ejerce una actividad salvífica, al prestar atención y brindar una escucha atenta a todas las criaturas incluso las consideradas insignificantes –alcanzando en la profundidad a lo inanimado–. Lo relegado y lo acallado, se revelan así en los animales y en las criaturas de los estratos inferiores, que el narrador hace oír a través de la voz de la naturaleza. Asimismo, es ciertamente en relación con lo más desprotegido, lo considerado inferior y dispuesto a merced nuestro, que se puede manifestar la justicia. La “vocación de justicia del narrador” (Oyarzún, 2008: 31)⁴, tiene que ver precisamente con ese ímpetu salvífico de lo singular, de lo olvidado, de lo acallado, a saber, del reino de las criaturas y especialmente de los animales y de lo inanimado.

En este sentido, Benjamin sostiene que “[e]l justo es el abogado de la criatura, y a la vez, su encarnación suprema” (2008, XVII: 89). En el relato de Leskov llamado “Figura”, el protagonista, cuyo nombre da título a la historia, describe a su madre que en función de su grandiosa bondad era incapaz de infligir el menor sufrimiento no sólo a otro ser humano sino también a los animales. Por eso, no comía carne ni pescado porque

² El cronista recupera lo acaecido en su singularidad, o como señala Oyarzún (2008: 49) “da cuenta de lo singular en su acaecer” y de ahí su “carácter justiciero” para con la nimiedad y el detalle. En este sentido, Benjamin advierte que “en el narrador se preservó el cronista en una figura transformada, secularizada”, en la medida en que la “orientación histórica-salvífica” del cronista se recrea de manera “profana” en el narrador (2008: 78).

³ En las *Obras*, el adjetivo “entstellt” se traduce por desfigurado (2009: 33-34), mientras que Mariana Dimópulos opta por distorsionado (2014: 55-56). Por su parte, Benjamin además del adjetivo “entstellt” utiliza el sustantivo “Entstellung” (GS II/2: 431). En las *Obras*, se utiliza el sustantivo desfiguración manteniendo el mismo término que en el caso del adjetivo, en cambio, Dimópulos cambia la palabra y para el sustantivo traduce deformidad, con lo cual se pierde de vista que Benjamin utiliza en ambos casos el mismo término y que por tanto está haciendo referencia al mismo fenómeno.

⁴ En su análisis de *El narrador*, Pablo Oyarzún sostiene que el trabajo de Walter Benjamin debe concebirse como “un ensayo fundamental de *dikailogía*, de teoría de la justicia. Pues su asunto definitivo es la vinculación que establece entre justicia y narración” (2008: 46-47).

aducía que había visto crecer a esos animales y eran como sus hijos, pero tampoco comía los animales de sus vecinos, puesto eran sus conocidos y no podía comerse a sus conocidos. Este relato apunta precisamente al núcleo del vínculo entre justicia y narración. En las diversas figuras de los justos, Benjamin encuentra esta *imago* maternal. Así, el narrador aboga por los más débiles e indefensos –a saber, los animales y lo inanimado–, y en virtud de esto alcanza “la elevación suprema” en la “jerarquía del mundo de las criaturas” (Benjamin, 2008, XVIII: 90). El justo no sólo se siente responsable y respeta a las criaturas, sino que sale en su defensa incluso respecto de los propios seres humanos. La justicia se manifiesta de la manera más pura en relación con aquellas criaturas que se encuentran completamente desprotegidas y a nuestra merced. De este modo, Benjamin no sólo realiza una crítica radical del modo en que la época moderna y el capitalismo han concebido la relación entre el hombre y la naturaleza como una relación de dominación, sino que también despliega en torno del narrador otra manera de entender lo humano que repara en el carácter intrínseco y constitutivo de lo animal, al situar a los seres humanos al interior del reino de las criaturas. A su vez, Benjamin despliega, a través de un descentramiento de lo humano, una nueva mirada de los animales y de la conexión o vínculo inmediato de estos con los seres humanos. El narrador accede a “la cámara íntima” del mundo de las criaturas y desde esa inmediatez sustenta otro abordaje de lo animal, descentrando a los seres humanos y prestando atención y brindando una escucha atenta a los animales entendidos como “receptáculo de todo lo olvidado”. Así, el narrador se erige al mismo tiempo como encarnación del justo y abogado de la criatura en tanto desprotegida e indefensa. En lugar del libre uso y disposición de la naturaleza y de los animales, el narrador en tanto figura del justo no sólo es responsable ante las criaturas indefensas e insignificantes sino que también debe cuidarlas y protegerlas. Por eso, el ensayo de Benjamin culmina afirmando que: “[e]l narrador es la figura en la que el justo se encuentra consigo mismo” (2008, XIX: 96).

Consideraciones finales

El tratamiento benjaminiano de la justicia en relación con las criaturas –tanto los animales como lo inanimado–, supone un descentramiento de lo humano y una desarticulación del humanismo tradicional. Como sostiene Mónica Cragolini: “Si el humanismo es la consideración de la centralidad del modo de ser humano frente a lo viviente, la problemática animal no puede ser considerada desde una postura humanista, sino que amerita un trabajo de deconstrucción de los prejuicios –y las trampas– que

encierran los humanismos” (Cragolini, 2010: 115). Esa es la tarea que hemos procurado mostrar que Benjamin ha comenzado a desplegar con sus reflexiones sobre la vocación de justicia del narrador en relación con el mundo de las criaturas.

En *El narrador* encontramos un triple desplazamiento respecto de la filosofía moderna y de la tradición humanista que con ella se consagra. En primer lugar, el desplazamiento de la experiencia del ámbito del sujeto individual para pensarla como una praxis plural y compartida. En segundo lugar, el desplazamiento de la experiencia del plano epistemológico-cognoscitivo para concebirla como un fenómeno social y político vinculado a la narración. En tercer lugar, el desplazamiento de la experiencia compartimentada y fragmentada de la época moderna por la aspiración a una experiencia ampliada que pueda asir destellos de lo inmediato, lo indeterminado, lo inarticulado. La dirección de estos tres desplazamientos se orienta a una ampliación de la experiencia que supone una crítica radical tanto del modo en que el hombre se ha pensado a sí mismo como de la forma en que se ha relacionado con la naturaleza y con los animales.

En este sentido, podemos afirmar que Benjamin se encuentra en el umbral del post-humanismo en la medida en que inscribe a los seres humanos en el reino de las criaturas desarticulando la escisión tradicional entre los seres humanos y lo viviente. Asimismo, desafía la jerarquía entre las criaturas al consignar en la elevación suprema al justo entendido como aquel que presta atención, brinda escucha y ofrece protección a las criaturas indefensas. A su vez, en esta escucha la experiencia se aproxima a la mística penetrando en lo más profundo del reino de las criaturas y develándolo en su inmediatez constitutiva. De este modo, a través de la narración, la experiencia se amplía para dar lugar a esa voz que excede el ordenamiento humano y que desde el fondo de lo viviente hace escuchar aquello que no puede ser completamente articulado y que tradicionalmente ha sido silenciado y olvidado. El narrador en la medida en que encarna la figura del justo no sólo ejerce una actividad salvífica de lo acaecido en su singularidad frente al peligro del olvido, sino que también sienta las bases para una concepción distinta de lo humano y de su modo de vincularse con la naturaleza –desde los animales hasta lo inanimado–. De ahí la enorme potencialidad política de la actividad del narrador.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, Walter (1991). *Gesammelte Schriften [GS]*, Bände I-VII. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.) con la colaboración de Theodor Adorno y Gershom Scholem. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, Walter (2008). *El narrador*. Trad. de Pablo Oyarzún Robles. Santiago de Chile: Metales pesados.
- Benjamin, Walter (2009): *Obras*, Libro II, vol. 2. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (Eds.) con la colaboración de Theodor Adorno y Gershom Scholem. Trad. de Juan Barja, Félix Duque y Fernando Guerrero. Madrid: Abada.
- Benjamin, Walter (2014). *Sobre Kafka. Textos, discusiones, apuntes*. Trad. de Mariana Dimópulos. Buenos Aires: Eterna cadencia.
- Cragolini, Mónica (2010). “Los animales kafkianos. El murmullo de lo anónimo”. En AA.VV., *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*. Buenos Aires: La Cebra, pp. 99-120.
- Oyarzún Robles, Pablo (2008). “Introducción”. En Walter Benjamin, *El narrador*. Santiago de Chile: Metales pesados, pp. 7-52.